

El maullido persistente

Desde hace algún tiempo me dedico a producir una serie radiofónica de relatos a una voz dentro del género de terror. Ciertamente es un trabajo que me agrada y me produce una satisfacción que no había experimentado en tantos años dedicados a la producción de programas de radio. Y es que, el género de terror, si lo veo desde todos los ángulos posibles, no deja de ser un tema inquietante. Y digo “inquietante”, porque de alguna manera he llegado a la conclusión de que el concepto de *terror* no está únicamente ligado a historias de fantasmas, o de noches solitarias en casas embrujadas. Tampoco está ligado a la presencia, ante nosotros, de algún ser físico que amenaza con hacernos daño mostrándonos un aspecto repugnante y diabólico, con uñas largas, ojos demoníacos, piel áspera como la de un lagarto o repleta de pelos. No. El verdadero miedo no proviene de allí. Por el contrario, aunque la idea parezca descabellada y absurda, el verdadero terror termina en el preciso momento en que nos encontramos frente a frente con ese ser infernal como el que acabo de describir. Ya no hay terror, porque ya no hay nada oculto; porque lo vemos, sabemos lo que es, y nuestro instinto de conservación nos prepara para la lucha o para la huida.

El miedo, el terror se esconde allí donde no sabemos lo que hay. Se esconde en la angustiada incertidumbre de que algo está al acecho, pero no tenemos idea de lo que es.

Toda esta serie de relatos de terror me ha hecho pensar en ese miedo, en ese terror, que se esconde en algún punto del alma de cada uno de nosotros.

Nos sentimos rodeados de amigos, de simples compañeros de trabajo, o de nuestros seres queridos más cercanos. Estamos rodeados de gente. Nunca estamos solos. Nunca podemos asociar ese concepto del terror que hemos aprendido a través del cine o las obras literarias, con nuestra vida cotidiana, laboral o doméstica, porque sencillamente nuestra razón nos dice que no tiene cabida. Y, sin embargo, el terror está allí.

En alguna parte de nosotros, de manera oscura e inevitable, habita una soledad profunda. Es un rincón frío que no podemos conjugar o asociar con la compañía de seres queridos, que llenan y que iluminan con calidez el resto de nuestro corazón.

Y la soledad que hay en ese rincón no puede ser superada ni por una multitud que, en un sentido hipotético, podría aclamarnos y aplaudirnos en el escenario más grande del mundo.... y esa soledad, desde mi punto de vista, siempre tiene el sello del terror, no importa el disfraz que le pongamos. Y el terror, no manifiesto, se canaliza, como cualquier energía, a través de diversas actitudes...Alguna vez en la vida, a la mayoría de nosotros le ocurre algo inexplicable o alguna extraña experiencia. Pero todos, con mayor o menor frecuencia, tenemos horribles pesadillas. ¡Que alguien me diga que no tiene sueños que les son imposibles de asociar con la vigilia!

Que alguien me diga que la comunicación real y objetiva con sus semejantes satisface todo el gozo posible que nuestro corazón sería capaz de albergar y disfrutar a plenitud.

¿Y cuáles son las causas de esa soledad, de ese terror oculto?

¿Será acaso que esos seres diabólicos, con ojos inyectados en sangre, con largas y afiladas garras que nos acechan desde no sabemos dónde, están, en realidad, más cerca de lo que imaginamos, aunque con una apariencia agradable e inofensiva?

Los seres humanos nos consideramos infinitamente superiores a todos los demás seres de la creación y, sobre todo, a los insectos. Y, no obstante, ¡oh, terrible paradoja!, si esos diminutos e insignificantes animalejos desaparecieran, de un momento a otro, de la faz de la Tierra, no existiría, en cuatro años, el menor rastro de vida en nuestro planeta; y, cosa curiosa, inquietante y turbadora: si fuésemos los seres humanos los que desapareciéramos de la faz de la Tierra, en cuatro años el planeta reflorecería de tal manera que volvería a ser ¡el paraíso terrenal!

¿Cuáles son entonces los verdaderos depredadores?

Ya dije que me dedico a la producción radiofónica de relatos de terror. Y, para ello, hago uso de efectos de sonido. Pues en uno de esos relatos necesitaba el efecto de sonido de animales nocturnos, el cual es un efecto no pocas veces utilizado tratándose del género de terror.

El efecto que encontré no podía ser mejor, aunque apenas duraba unos diez segundos. Al final de esos diez segundos sobresalía notoriamente el maullido de un gato, y como yo necesitaba repetir muchas veces el efecto a fin de que se mantuviera de fondo durante unos diez minutos, el maullido se convertía en sonido demasiado repetitivo y molesto, además de que dejaba en el radioyente la clara sensación de que se trataba de un mismo efecto de sonido, repetido una y otra vez.

Ante esta circunstancia, hice lo que tenía que hacer al realizar la edición: borrar el maullido y, solo en algunas veces, con intervalos de no menos de tres minutos, bajarle el volumen de manera que fuese casi imperceptible. Asunto arreglado. De esta forma, la repetición del mismo efecto no sería advertido, sobre todo, además, porque era un sonido de fondo que ocupaba un segundo plano.

Todo este trabajo de edición lo realizo en casa con mi computadora y, una vez logrado lo que llamamos “el arte final”, entregué la grabación al técnico de sonido de la emisora para que éste le hiciera una última revisión, antes de ser transmitida a la hora programada.

En esta ocasión, quedé muy extrañado cuando el técnico me advirtió que tenía que hacer una corrección, pues cada diez segundos se escuchaba, de manera casi estridente, el maullido de un gato.

Le expliqué que yo mismo había eliminado el maullido y que, al escuchar el producto final, este, efectivamente, no se había escuchado. Ante esta explicación solo recibí una mirada y un gesto con los que claramente me decía “no es mi problema, el maullido está allí”.

Volví a hacer la misma edición y, para estar completamente seguro de que no se trataba de ninguna falla de la máquina, también eliminé otros sonidos. Así, al escuchar de nuevo el relato con la nueva edición, no se escucharon ni el gato, ni los otros sonidos que había eliminado. Entonces, entregué el nuevo “arte final”.

Lo que sucedió, hasta aquel momento, todavía no alcanzaba el grado de producir miedo... Y no me refiero al radioyente; me refiero a mi propia persona. Por el contrario, este tipo de cosas, aunque parezcan muy extrañas, pueden hasta ser motivo de risa y no pasar de la simple exclamación de que “¡Esta máquina está loca!”. Porque, cosa curiosa e inexplicable: El técnico de sonido, luego de revisar la última versión del relato, me mandó llamar para decirme, ante mi completo asombro:

--No hiciste la corrección que te indiqué.

Yo no supe qué responder. Yo mismo había comprobado, una y otra vez, que aquel chillante y molesto maullido había quedado eliminado de la grabación. Simplemente me limité a asentir con la cabeza.

Tengo la costumbre de trabajar hasta altas horas de la noche, y tal es mi satisfacción y gusto por el trabajo que realizo, que hasta entonces ningún relato de terror me había producido el menor asomo de miedo, con la única excepción del relato “El Entierro Prematuro” de Edgar Allan Poe, pero en tal caso se trataba de algo meramente subjetivo, pues el relato hace referencia a un miedo real mío que guardo desde mi más tierna infancia: el ser enterrado vivo. Y es que, tal y como dice el escritor en su relato, supongo que no hay peor horror que ese. Dichosamente, no son todas las personas las que, dentro de sus miedos, se detienen a pensar en esa espantosa posibilidad.

El otro temor que he experimentado tiene que ver simplemente con el aspecto profesional, pues he llegado a pensar que, si generalmente no experimento miedo

alguno al escuchar los relatos, al radioescucha podría ocurrirle lo mismo, lo cual, obviamente, constituiría una clara señal de que la calidad de la producción no alcanza el efecto y calidad deseados.

Pero bueno, este temor ha ido desapareciendo cuando escucho una razonable cantidad de críticas favorables.

El asunto del maullido había comenzado a inquietarme, puesto que ya era muy evidente de que no se trataba de ninguna falla o desperfecto de mi equipo.

Cuando tomé la decisión aquella noche de eliminar por completo aquel efecto de sonido y de buscar otra alternativa, me encontraba solo en casa; mi esposa e hija habían salido de viaje al sur del país a visitar durante tres días a unos familiares. Y, lo confieso, sentí miedo. Yo mismo pensaba en lo absurdo de aquel miedo... pero, allí estaba. Era, simple y sencillamente, una de las formas en que, como dije al principio, canalizamos a veces ese terror oculto que arrastramos, supuestamente por las razones que expuse. Y lo peor es que cuando digo “allí estaba”, no me refiero únicamente al miedo. Tenía el extraño y claro presentimiento de que no me encontraba solo.

Llegó el momento en que mi dedo se posó, amenazante, sobre la tecla de “borrado”.

Tal vez alguien pudiera pensar que estoy loco, pero la verdad es que cuando nos encontramos en ese momento en que nuestro terror, profundamente oscuro y oculto, encuentra el instante preciso para manifestarse en la forma que sea, la frontera entre la

cordura y la locura desaparece cubierta de una espesa niebla que turba todos nuestros sentidos y nuestra imaginación.

Y aquel era, sin duda, ese instante.

Mi inquietud, mi sentimiento de soledad, mi miedo, iban en un escalofriante *crescendo* que yo no podía controlar, a tal punto que mi mano, cuyo dedo apuntaba, de manera inexorable, a aquella tecla que borraría para siempre aquel maldito maullido, comenzó a temblar.

Este trémulo, como una reacción en cadena, comenzó a invadir todo mi cuerpo. Y no podía explicarme por qué no oprimía de una maldita vez aquella tecla; ¿qué diablos podía pasar si lo hacía? ¡Nada! Era simplemente eliminar un efecto de sonido, como ya lo había hecho decenas de veces. Y, sin embargo, mi miedo se convirtió en angustioso terror; ese terror que llega al grado de hacer delirar. Sí, porque de pronto imaginé que mi dedo era un puntiagudo puñal y que aquella tecla de “borrado” era un corazón, un palpitante y asustado corazón que no quería ser tan cruelmente herido.

¡Dios! ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué terrible y oscuro misterio se escondía detrás de aquel absurdo?

Cerré mis ojos y respiré profundo, mientras el más gélido escalofrío hirió, violento y punzante, toda mi piel.

Sentí desesperados deseos de dejar todo aquello y salir a la calle a caminar y buscar algún lugar donde pudiese poner en orden todos mis pensamientos. Pero sentí furia. Una furia asesina, sí, asesina, aunque ahora me parezca ilógico y exagerado decirlo de esa forma.

Y lo hice.

Así como la afilada hacha del verdugo que cae sin piedad sobre el cuello del infeliz condenado, mi dedo cayó sobre la tecla. Y en mi mente escuché los más terribles alaridos y gritos de horror. Apreté con fuerza mi cabeza con las manos, tratando con angustia de volver a la normalidad.

Y todo volvió a la normalidad. El efecto de sonido quedó borrado y no pasó nada más. Me tranquilicé. Respiré profundo. Sonreí. Y, con la mayor naturalidad me puse a buscar otros efectos de animales nocturnos. Sobra decir, por supuesto, que no tenía la menor intención de utilizar nada que tuviera el menor parecido con el maullido de un gato.

De esta forma logré un definitivo “arte final”. Si. Era definitivo. No tenía, no podía ser de otra forma. Aquello me quedaría como un imborrable recuerdo, como una anécdota que no tendría el menor deseo de contar nunca a nadie, porque, en definitiva, temía que pensarán que me había vuelto loco.

A la mañana siguiente busqué al técnico de sonido para entregar la grabación del relato para que hiciera la revisión de rutina, pero no se encontraba. Aquel día el turno

del técnico era por la noche, pero dejé en el estudio de grabación el producto final del relato para que lo encontrara y revisara cuando llegara.

Por la noche, aún solo en casa, me recosté en un sillón acompañado por una buena copa de vino tinto y unos libros con relatos cortos de terror de donde escogería el que utilizaría en mi nueva producción.

De pronto, sonó el teléfono. Al contestar la llamada, reconocí la voz del técnico de grabación. Luego del normal intercambio de saludos, el técnico habló.

No puedo explicar, no puedo describir lo que sentí cuando escuché sus palabras:

--Mira, acabo de terminar de escuchar la grabación... ¡Bueno, si tú insistes en que ese horrible maullido se siga escuchando, es tu problema y tu decisión! ¡Al fin y al cabo, tú eres el productor!